

Sara Blædel

## Llámame Princesa

Traducción del danés de  
Sofía Pascual Pape

 Siruela

Nuevos Tiempos / Policiaca

*A mi hermano Jeppe*

*El dolor penetró en sus muñecas y no le dio tiempo a reaccionar cuando de pronto le inmovilizó las manos en la espalda. Asustada, se volvió hacia él. El golpe la alcanzó con tal fuerza que su cabeza rebotó en la cama y salió despedida, lista para recibir el siguiente. Abrió la boca para gritar, pero antes de que el sonido pudiera salir él le bloqueó la cavidad bucal con un objeto duro. La cinta americana con la que selló su boca convirtió su rostro en una especie de máscara.*

*Las velas seguían ardiendo en el salón. La botella de vino y las copas descansaban sobre la mesita de centro. Había ladeado la cabeza y la sangre corría por su nariz mientras miraba fijamente las llamas de las velas y pensaba en el restaurante y en el menú de tres platos.*

*Él había pedido calvados para acompañar el café sin antes preguntarle si a ella también le apetecía. Así ella se libró de mostrar su ignorancia. Se habían cogido de la mano por encima de la mesa.*

*Cuando volvió a tensar la cuerda alrededor de sus tobillos, el dolor se propagó por su cuerpo. Algo duro roía su carne justo por encima del hueso.*

*Más tarde habían bailado en el salón. Muy pegados. Él había rodeado su rostro con las manos y la había besado.*

*¡Dios mío, ayúdame!*

*La sangre seguía corriendo, y era una lucha tener que respirar a través de la nariz. Se concentró en apuntar antes de levantar*

*las piernas juntas e intentar echarlo de la cama de una patada. Él estaba sentado de espaldas a ella, pero le dio tiempo a volverse y parar el golpe. Nuevos puñetazos le reventaron el pómulo y la sien.*

*—Estate quieta y no te pasará nada.*

*La sujetó y apartó airado sus piernas ligadas.*

*Su ropa estaba tirada sobre la silla al lado del armario. La de ella estaba amontonada de cualquier manera en el suelo, a los pies de la cama. Pieza por pieza. Él le había pedido que se desvistiera lentamente.*

*El lado derecho de su cara palpitaba. La suave música procedente del salón seguía fluyendo. El miedo la atenazaba como una agarradera alrededor de sus intestinos.*

*Lloró de dolor y vergüenza. Hundió la cabeza y el cuerpo en el mullido edredón con la esperanza de que se la tragara. Las lágrimas se mezclaron con la sangre cuando él la arrastró por el borde de la cama hasta que solo su torso descansaba en el colchón. El mundo y la realidad explotaron cuando él la penetró con una fuerza descomunal.*

*La apretada cinta americana contuvo el grito. Luchó por mantener la nariz despegada de la cama e intentó respirar calmadamente, pero el dolor que amenazaba con reventarla le rompía el ritmo constantemente. Su cuerpo empezó a ceder cuando el dolor se vio envuelto por una neblina y la conciencia la abandonó lentamente.*

Se oyó un clic cuando apretó el mando, y al instante siguiente se abrió la puerta de cristal del departamento. Avanzó a paso ligero y con la mirada clavada en el suelo. Con el rabillo del ojo percibió a los familiares conversando en voz baja. En ese momento, un técnico de laboratorio salía de una de las salas de reconocimiento empujando un carrito con las muestras de sangre y solo a duras penas evitó chocar con él.

Sin detenerse para disculparse, siguió avanzando rápido hasta la recepción. Dobló la esquina al llegar a la jaula de cristal y entró en la sala de guardia.

–Louise Rick, departamento A –se presentó–. ¿Con quién tengo que hablar?

Una enfermera joven se levantó y le sonrió.

–Un momento, ahora mismo llamo a la doctora. Mientras tanto puedes sentarte aquí.

Señaló hacia la mesa blanca y oval con marcas de tazas de café y restos del pastel de la merienda.

Louise se sacó las gafas de sol del pelo oscuro y las dejó sobre la mesa mientras seguía con la mirada a la enfermera que en ese momento salía al antedespacho para llamar por teléfono. Luego juntó las manos por detrás de la nuca y respiró hondo. Se había abierto camino iracunda a través del tráfico de la tarde bordeando el muelle de Kalvebod Brygge y el parque de Folehaven, y había golpeado el volante varias veces de pura frustración cada vez que la cola se detenía. El trayecto entre

la jefatura de Policía y el hospital de Hvidovre había resultado inusualmente largo.

Eran casi las cinco cuando el jefe de Homicidios Hans Suhr entró en su despacho. Había estado ocupada elaborando una lista de las cosas que tenía que comprar de camino a casa, pero al ver la expresión de sus ojos, apartó la libreta, dispuesta a llamar a Peter para pedirle que se encargara de las compras. Él ya se lo había propuesto por la mañana, cuando la llevó al trabajo en coche, pero entonces ella lo había rechazado con optimismo y le había dicho que le daría tiempo de sobra a hacerlo.

–Nos ha entrado una violación de la que me gustaría que te encargaras tú.

El jefe de Homicidios se había sentado en la dura silla de madera en un extremo de su escritorio.

Antes de que le diera tiempo a seguir, Louise volvió a coger la libreta y arrancó la lista de la compra. Suhr solía recurrir a ella en los casos de violación. Las víctimas estaban en su derecho de ser interrogadas por una mujer, y puesto que no había muchos casos así en el departamento, todos acababan sobre su mesa.

–La han llevado al hospital de Hvidovre –dijo Suhr, una vez Louise estuvo lista, bolígrafo en mano–. Se trata de una mujer de treinta y dos años del barrio de Valby. Su madre, que vive en el piso de arriba, bajó a la hora del almuerzo y la encontró en el dormitorio, atada de pies y manos y amordazada. Había sangre en la cama, y su hija estaba prácticamente inconsciente de agotamiento.

El jefe de Homicidios pareció considerar si había algo más que debería añadir.

–Su madre retiró la cinta americana de su boca antes de llamar a una ambulancia –dijo entonces.

Louise lo examinó mientras hablaba, intentando evaluar la gravedad de lo que vendría a continuación. El hecho de que la víctima hubiera sido maniatada y amordazada solía bastar para que la comisaría de Station City se pusiera en contacto con el departamento A, y el estado de la víctima dejaba bien a las claras que había que clasificar la violación como un caso de agresión de carácter extremadamente violento.

–Susanne Hansson vive sola, y cuando la policía llegó al lugar de los hechos, la madre les contó que su hija no tiene novio ni ningún amigo con el que quisiera irse a la cama voluntariamente.

Louise frunció el ceño.

–Y ¿ella qué dice? –interrumpió.

Suhr se encogió de hombros.

–Nada. Cuando acudieron al hospital de Hvidovre, los compañeros de la City hicieron lo que pudieron, pero no sirvió de nada. Luego una de los médicos habló un poco con ella, pero no sé qué le habrá podido sacar. Más allá de que la víctima está dispuesta a denunciar la violación. Vas a tener que hablar con ella, y luego hay que llevarla al Rigshospitalet para que la examinen.

Louise asintió con la cabeza, satisfecha porque tuviera la ocasión de crear cierto vínculo de confianza con Susanne Hansson antes de acudir al Centro para Víctimas de Violación. La experiencia en otros casos graves de agresión sexual le decía que si Susanne Hansson estaba tan malherida como había manifestado Suhr, probablemente su psique se vería aún más perjudicada si la sometían al examen de un forense en una misma tarde. Lo mejor sería que tuvieran la ocasión de establecer un contacto previo, de manera que Susanne pudiera antes sentirse protegida, aunque solo fuera un poco.

–¿Cuál es su estado ahora mismo?

–Ve y averígualo –dijo el jefe de Homicidios–. Enviaré a Lars Jørgensen al piso de Lyshøj Allé. Los técnicos de Criminalística ya están allí. Llámame en cuanto te hayas podido formar una idea.

Golpeó decidido la mesa de su escritorio con la palma de la mano, se levantó y abandonó el despacho.

Louise se colgó la cazadora tejana del brazo y echó una rápida mirada a los montones de documentos que había sobre su mesa. De camino al despacho de los jefes de investigación donde guardaban el registro de los vehículos le dio tiempo a enfurecerse ante la perspectiva de que todos los coches estuvieran de servicio y tuviera que pasar por el garaje y arrastrarse ante Svendsen para que le adjudicara uno. Pero no, había dos coches

disponibles, así que cogió una llave y anotó su nombre en el registro. Era ridículo ponerse así, pensó mientras bajaba las escaleras de dos en dos.

—Ahora mismo viene —dijo la enfermera cuando hubo colgado el teléfono.

Louise le dio las gracias y se levantó. Se metió las gafas de sol en el bolsillo y sacó el protector labial.

—Me llamo Anne-Birgitte —dijo una joven doctora con unas finas gafas redondas y doradas y una larga melena recogida en la nuca. Le tendió una mano fría y firme.

Louise se sentía sudorosa y desaliñada frente a la doctora, y lo compensó adoptando un tono más incisivo y seco de lo necesario.

—¿Has podido hablar con ella? —preguntó en lugar de presentarse. Enseguida captó la reacción que había provocado, pues la mirada diligente de la doctora se alteró, aunque para entonces ya era demasiado tarde para dar marcha atrás.

—Lo suficiente para saber que tal vez sea, a pesar de todo, demasiado pronto para permitir que la policía la interrogue.

Se miraron fijamente a los ojos, y Louise notó una pequeña burbuja de respeto que se formaba y ascendía a través de su cuerpo. Dejó que se vislumbrara en su mirada el tiempo exacto para que la mujer que tenía en frente se diera cuenta de que se había rendido.

—Está bien, has conseguido que lo denunciara —dijo Louise, y le lanzó una sonrisa a la vez que la tensión entre ellas se esfumaba.

—Si tienes tiempo, tal vez podrías echarle un vistazo a lo que he escrito en la historia clínica. ¿Mejor?

Se sentaron una al lado de la otra, y Anne-Birgitte empezó a hablar mientras echaba de vez en cuando una mirada de soslayo a los folios que había dejado a su lado.

—Estaba atada de pies y manos con unas fuertes bridas de plástico.

La doctora interrumpió la lectura y explicó que se trataba de las que se emplean para juntar cables y que la policía solía utilizar como esposas de un solo uso.

–El personal de la ambulancia las cortó antes de traerla aquí, y para entonces su madre ya había retirado la cinta americana de su boca. Tenía la presión muy baja y pudimos constatar que también estaba deshidratada, así que le pusimos un gotero de glucosa, y parece que ya está surtiendo efecto. Se está despejando.

Dio por terminada su exposición, apartó la historia clínica y se quedó expectante, lista para contestar a las preguntas de la detective.

Louise asintió con la cabeza e intentó recordar qué más le había dicho Suhr antes de irse, y qué respuestas le faltaban.

–Había sangre –dijo–. ¿Está muy malherida?

–Susanne Hansson recibió varios golpes de extrema brutalidad en la cara y sangró mucho, y parece que sufrió también hemorragias en el útero, pero ya han cesado. No la he examinado tan a fondo; ya sabes, eso le corresponde al Rigshospitalet.

–¿Qué te ha contado?

Anne-Birgitte vaciló.

–No gran cosa. Se siente profundamente desdichada, y o bien no quiere decir nada, o no recuerda lo sucedido. En un primer momento tampoco quiso confirmar que se tratara de un ataque. Pero no creo que quepa ninguna duda en este sentido.

Louise apreció el severo rictus que habían adoptado las facciones de la doctora, consciente de que, a estas alturas de la investigación, era una apreciación que tendría que correr enteramente por cuenta de la doctora.

«¿Ataque?», anotó en una libreta, y posó la mano sobre la página para ocultar su anotación.

–¿Sabes si conocía a su agresor?

–Las cosas que dice son demasiado inconexas para que haya podido sacar nada en claro a este respecto. Pero asintió con la cabeza cuando le pregunté si pensaba denunciarlo a la policía, y luego avisé a los dos agentes que la acompañaron hasta aquí.

Louise volvió a meter la libreta en su bolso. No había nada más que rascar, y lo mejor sería que entrara a saludar a Susanne Hansson de una vez por todas.

Se levantó, esperando que Anne-Birgitte hiciera lo mismo, pero la doctora se quedó sentada, mirando fijamente las migas de pastel que estaban esparcidas sobre la mesa.

–La paciente sufre una fuerte conmoción –dijo, y levantó la mirada–. No parece una mujer que consienta voluntariamente según qué prácticas sexuales extravagantes que impliquen que la amordacen, le aten los pies y las manos y la golpeen.

Louise se disponía a interrumpirla, pero la doctora se le adelantó.

–Ha recibido maltratos físicos y psíquicos, y te pido que lo tengas en cuenta.

–Por supuesto –dijo Louise, irritada. No era, ni mucho menos, la primera vez que sentía ese tono recriminatorio solo porque la policía, por motivos profesionales, se veía obligada a formular sus dudas tratándose de la denuncia de una violación–. Supongo que no hay ningún problema para que la traslademos al Rigshospitalet, ¿verdad?

–No, eso no agravará su estado. ¿Vamos?

Louise siguió a la doctora, pero se detuvo en medio del pasillo mientras Anne-Birgitte entraba en la habitación para anunciar su llegada. Poco después se abrió la puerta de golpe, y una señora de unos cincuenta y tantos años se acercó a ella y la cogió del brazo. Louise dedujo rápidamente que debía de tratarse de la madre.

–Tiene que entender que ha sucedido algo terrible.

Louise se apartó un poco, pero lo único que consiguió fue que la mujer la agarrara del brazo con más fuerza.

–Supongo que es su hija con quien tengo que hablar –dijo Louise, y apartó la mano de la madre antes de señalar la hilera de sillas que bordeaban la pared–. Puede esperar aquí mientras hablo con ella.

Guió a la madre hasta las sillas, adelantándose a las más que posibles protestas de la señora, y la empujó amablemente para que tomara asiento.

–En cuanto haya hablado con Susanne nos iremos al Rigshospitalet. Así que será mejor que vuelva a casa y nos espere allí mientras tanto. Si me da su número de teléfono, la llamaré en cuanto hayamos acabado con los exámenes y el posterior interrogatorio en la jefatura de Policía.

Louise volvió a sacar la libreta y se la ofreció a la madre abierta por una página en blanco.

–Les acompaño –dijo la madre, ignorando la libreta.

Louise se acercó a ella y se puso en cuclillas al lado de la silla.

–No se lo puedo impedir. Pero quiero que sepa que tendrá que esperar sentada en una silla durante varias horas, sin que haya nadie que realmente tenga tiempo para hablar con usted. Ahora mismo se trata sobre todo de su hija, y obviamente tiene que estar allí para ella. Pero si realmente queremos descubrir quién la ha dejado en este lamentable estado, necesitamos poder hablar tranquilamente con ella, y luego habrá que poner en marcha una serie de investigaciones.

Parecía que la mujer empezaba a comprender la situación.

–Entonces podría volver a su casa e intentar dejarla un poco recogida –dijo, sobre todo a sí misma.

Louise posó una mano sobre el hombro de la madre.

–Ahora mismo la policía está en el piso, así que tardará un tiempo en poder entrar. Le propongo que se vaya a casa. Tiene que haber supuesto una gran conmoción para usted encontrarla como se la encontró.

La madre asintió con la cabeza, pero Louise se dio cuenta de que estaba a punto de volver a protestar y se apresuró a concluir la negociación.

–Me pondré en contacto con usted esta misma tarde –dijo, y se metió en la habitación a toda prisa.

Ya había pasado por esta clase de conversaciones antes, y no tardó mucho en evaluar hasta qué punto sería una ventaja o todo lo contrario que la madre estuviera presente cuando examinaran e interrogaran a Susanne Hansson. Todo indicaba que, en este caso, costaba ver las ventajas.

La cama de hospital estaba situada al lado de la ventana, y la cortina ondeó ligeramente al colarse una leve brisa en la estancia. Susanne estaba mirando hacia el exterior y no volvió la cabeza hasta que Louise se colocó al lado de la cama.

–Me llamo Louise Rick, soy detective de la Brigada de Investigación Criminal –se presentó–. ¿Podríamos hablar un poco?

Susanne se volvió y miró a través de ella. Se había encerrado en su propio mundo.

«Es una pena», pensó Louise. «Estás mucho peor allí dentro que aquí afuera».

–Es terrible lo que has tenido que pasar –dijo, y bajó la mirada hasta aquel rostro magullado–. Sé que ya te han examinado por encima, y comprendo perfectamente que quieras que te dejemos en paz, pero me gustaría acompañarte al Rigshospitalet, donde tiene su sede el Centro para Víctimas de Violación. Son ellos los que realizan los exámenes médicos cuando hay una denuncia por violación.

No hubo ninguna reacción, y Louise prosiguió:

–Si eres capaz de andar por tu propio pie te propongo que vayamos juntas en mi coche. Pero también puedo pedirte una ambulancia. ¿Qué me dices?

Por fin Susanne reaccionó desplazando la mirada ligeramente hacia su rostro. Louise consideró por un instante si lo mejor sería sentarse y fingir que disponían de todo el tiempo del mundo, hasta que Susanne Hansson sintiera que estaba lista para hablar con ella, o si debía presionarla para provocar una reacción.

Se decidió por un término medio.

–Hay un médico forense que te espera en el Centro para Víctimas de Violación. Tiene que explorarte, y luego tendrás que someterte a un interrogatorio policial. Y la verdad es que esperaba que nos diera tiempo a hablar un poco antes de la exploración.

Susanne Hansson la interrumpió. Su voz era ronca, y cuando por fin salieron las palabras, Louise apenas pudo percibir el movimiento de su boca. Tenía heridas en las comisuras de los labios, y era evidente que seguía sintiendo la cinta americana.

–Un médico forense examina a los muertos. ¿Por qué tiene que examinarme a mí?

Louise se inclinó hacia delante para oír lo que decía. Había acercado una silla y estaba sentada al lado de la cama.

–Los médicos forenses le hacen la autopsia a los muertos, pero también exploran a los vivos –dijo, en un intento de desdramatizar la situación–. Siempre acuden cuando hay que explorar a una víctima en el centro.

Las lágrimas habían empezado a caer por las mejillas de Susanne. Louise cogió su mano, aunque evitó tocar el gotero. Acarició su brazo tranquilizadamente mientras hablaba:

–Es porque tenemos que procurar asegurar los rastros que el agresor sin duda ha dejado en tu cuerpo...

Las silenciosas lágrimas se transformaron en un insondable sollozo. El llanto se abrió camino a través de su cuerpo como un cubo que sube a través de un profundo pozo.

Louise cambió de táctica. Ahora le concedería a Susanne todo el tiempo que necesitara. Algo se estaba aflojando en su interior, y valía la pena esperar, pensó.

Finalmente el llanto cesó.

–Si quieres puedo ir contigo –dijo Susanne, y se secó las lágrimas–, pero no tengo ropa.

Pareció disculparse, como si se avergonzara por haber estado desnuda cuando la trasladaron al hospital.

Louise le sonrió.

–Le pediremos a la enfermera que te consiga una bata y un par de zapatillas.

Susanne asintió con la cabeza, y Louise se dio cuenta de que la siguió con la mirada cuando se levantó y salió para buscar a alguien que pudiera ayudarla con la ropa.